

Las estructuras clínicas

M.^a Jesús Duato

Psicoanalista, Asociación de Estudios Psicoanalíticos
Óscar Masotta, Valencia

En una carta a Luy Andreas Salomé del 1 de abril de 1915, Freud escribe: «Vd. sabe que me preocupo del hecho aislado y espero que de él, por sí mismo, aparezca lo universal». Cada vez que Freud comprueba en la práctica un hecho simple pero significativo, sabe que hay algo susceptible de ser generalizado.

Lo universal será descubierto a partir de lo singular del hecho clínico.

Freud no dejó de insistir a lo largo de toda su obra en que no hay psicoanálisis sino de lo particular. Aconsejaba abordar cada caso como si uno no supiera nada, como si el psicoanálisis no hubiera acumulado nada de saber.

Pero existe una paradoja en la clínica psicoanalítica, ya que al mismo tiempo hay tipos de síntomas, categorías clínicas que hemos heredado de Freud y que guardan toda su operatividad.

Si en psicoanálisis hablamos de estructuras clínicas, es porque estos tipos clínicos tienen que ver con una misma estructura, pero los síntomas de los sujetos referidos a una misma estructura no tendrán el mismo sentido.

Es por ello que lo que se resuelve en lo particular de un análisis, no nos da ninguna clave para el análisis de otro sujeto, y la solución al enigma de su deseo que puede encontrar el analizante a lo largo de la cura, no es de ninguna manera generalizable como criterio de normalidad.

Las estructuras clínicas importan en psicoanálisis, no como una herramienta de clasificación, ni en el sentido en el que las maneja la psiquiatría como un saber constituido que precede la escucha del sujeto que sufre.

En la práctica del psicoanálisis, estas estructuras nos sirven para situar la lógica de una estrategia que el analizante despliega bajo transferencia, en presencia del analista. Esta estrategia consiste en la utilizada por el sujeto en su relación con el Otro maternal y con los elemen-



Freud en Londres, frente a su casa, 1938.

tos que componen la dialéctica del Complejo de Edipo.

Dicho de otra manera, lo que constituye para el ser hablante su posición subjetiva es la forma que emplea para ignorar la castración.

Las primeras teorizaciones freudianas respecto a las estructuras aparecen en su texto de 1894, «Las neuropsicosis de defensa».

En este texto Freud plantea de

manera contundente y separándose de las ideas de su colaborador hasta entonces, Breuer, que en el origen de las neurosis se halla un fenómeno psicológico que consiste en lo siguiente: ante la excitación pulsional intolerable, el yo del sujeto pone en funcionamiento las defensas.

En la obra de Freud aparecen tres mecanismos empleados por el sujeto en su intento de ignorar la castración que corresponden a las tres posibilidades de estructura para el sujeto: La represión (*Verdrängung*) en la neurosis, desmentida (*Verleugnung*) en la perversión y rechazo (*Werverfung*) en la psicosis.

En relación con las neurosis, Freud habla de elección de la neurosis y Lacan de posición de sujeto. Ambas expresiones nos indican la libertad del sujeto para elegir, aunque de manera forzada, su estructura. La neurosis depende de los avatares de las pulsiones puestas en juego en lo que Freud reconoció como el conflicto edípico.

Siempre hay una pérdida a la vez que una alternativa. La solución neurótica es una solución de compromiso. El síntoma neurótico es una forma de satisfacer tanto las pulsiones como su prohibición. En otro lenguaje sería algo así como nadar y guardar la ropa.

Como planteábamos al comienzo, Freud consideraba que la neurosis es un conflicto entre y desde sus primeros textos hasta «Análisis terminable e interminable», de 1937, Freud se dedica a depurar y sistematizar esta sencilla fórmula respecto a las neurosis.

Así pues, el elemento diferenciador en la estructura histérica u obsesiva, será el tipo de defensa que emplee el sujeto.

Freud dirá que lo reprimido es lo mismo en ambas neurosis y que lo que las distingue es el modo de defensa. Defensa ante la angustia de la castración, ante los contenidos edípicos.

No será pues a nivel de lo pulsional, ni de la angustia de castración,

objeto y motivo de la defensa respectivamente, donde se planteará el tipo de neurosis. Lacan señala que la defensa modifica al sujeto y no a la pulsión.

Podemos identificar como términos paralelos en Freud el modelo de defensa y en Lacan la posición subjetiva.

El concepto de represión, presente a lo largo de toda la obra de Freud, está en el centro de la teoría de las neurosis.

Pero en la psicosis lo que aparece reprimido en la neurosis se nos muestra revelado, en primer plano. Se puede afirmar que el equivalente al mecanismo de represión en las neurosis necesita la elaboración de un nuevo concepto.

En relación con la psicosis, Freud concibe en esta época un modo de defensa más intenso que elimina al mismo tiempo la idea y el afecto. Es decir, que el sujeto se comporta como si la idea nunca hubiera acontecido.

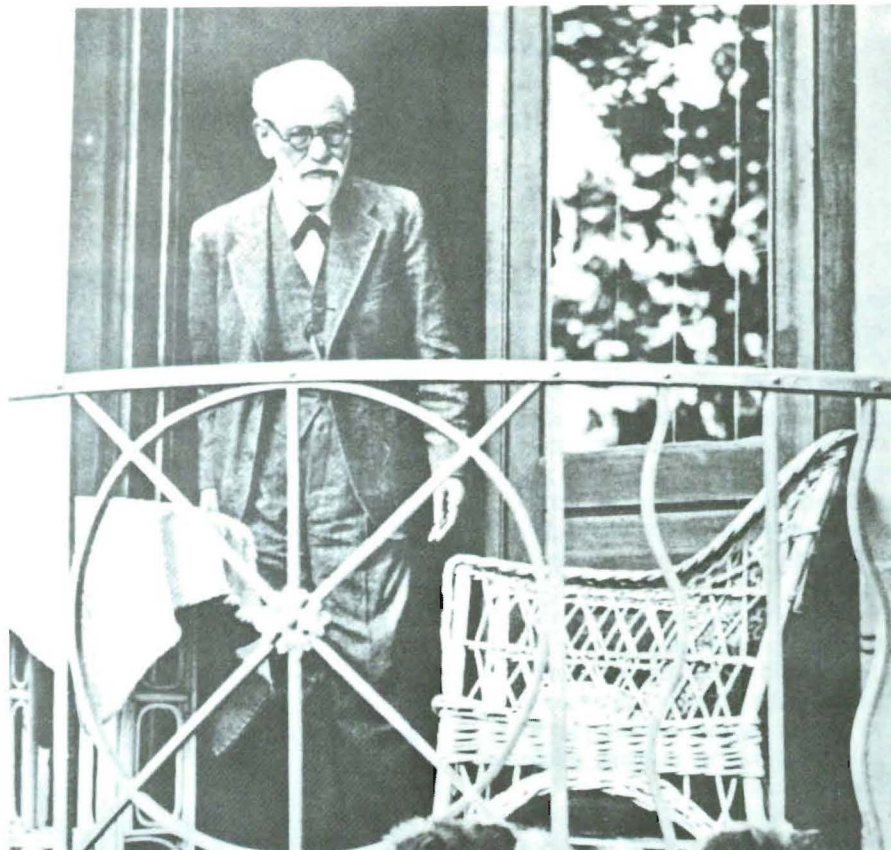
En cuanto a la perversión, el término *Verleugnung*, designa la reacción del niño ante la visión de la ausencia de pene en la madre.

Este concepto introducido por Freud en 1924, toma todo su sentido en el contexto de una sexualidad infantil que revela la primacía, no de los genitales, sino del Fallo y a partir de ahí la significación del complejo de castración puede articularse como aparece en «La Organización genital infantil».

Este rechazo de aceptar un hecho, la castración en la madre se propone como una primera definición de la *Verleugnung*, la desmentida de la castración en la madre. Este mecanismo, habitual y normal en la vida mental de los niños, en el adulto puede significar una estructura perversa, ya que las representaciones quedan fijadas en el momento en que la madre es vivida como fálica y según la identificación se produzca con la madre fálica o con el objeto que le falta a la madre, estaremos ante diversos tipos de perversiones.

En el texto «El Fetichismo» (1927) Freud despliega este concepto. La percepción desmentida no queda inoperante, ya que el fetichista crea un sustituto, el fetiche, declarando en esta creación la castración en la madre.

Para introducirnos en el término



Freud, 1928.

rechazo (*Werverfung*), hay un texto fundamental de Freud que pertenece a los cinco psicoanálisis de Freud, llamado Historia de una neurosis infantil (1914) conocido como «El hombre de los lobos».

Es la primera vez que Freud aísla este término indicando que para el hombre de los lobos hay un «rechazo» de la castración distinto de la represión.

Lo que Freud descubre en la vida sexual infantil, el trauma más severo para el sujeto, lo llama complejo de castración. Este complejo de castración no corresponde, desde luego, a un episodio biográfico en el que el sujeto se vería amenazado de la pérdida real del pene. Freud lo dice claramente, las amenazas enunciadas por el entorno del niño destinadas a prohibir la masturbación, en general, no tienen ningún efecto sobre él antes de ser relacionadas con la visión del genital femenino. En ese momento el niño toma en serio esa amenaza, ya que esto le hace enfrentarse con su propia castración.

En términos de Lacan diremos que el niño se enfrenta al problema de la falta.

La cuestión de la falta se plantea en un momento primero como falta en el Otro materno. Sabemos que gran parte de la vida del niño, éste cree que su madre es fálica, que posee el Fallo. La relación madre-hijo, enmascara la falta en una «ilusión común de falización recíproca», como dice Lacan en el Seminario sobre la Psicosis.

Identificado al Fallo, el niño colmará a la madre.

Se plantea una situación en la que romper esta dialéctica imaginaria mortífera, no es posible sino por la intervención del padre como portador del Fallo.

Que sea el padre quien posee el Fallo constituye un obstáculo gracias al cual el sujeto tiene que aceptar una ley que le sobrepasa y le precede, a la que tiene que someterse.

Así pues, la castración no podrá tener lugar sin la intervención de esa instancia paterna que produce el corte.

Lo que se pondrá en juego en la cura psicoanalítica será la elección de estructuras hecha por el sujeto que nos dará cuenta de su posición subjetiva.